

LOS PROBLEMAS DE LA MICROINDUSTRIA

*Conferencia pronunciada el día 16 de febrero de 1961,
por el Académico,*

ILMO. SR. DON SANTIAGO MARIMÓN AGUILERA

P R E Á M B U L O

A partir del momento en que nuestro Gobierno cambió el rumbo que surcaba la nave económica de nuestra Patria, surgieron por doquier un cúmulo de interrogantes, muchos de los cuales continúan todavía flotando en el aire.

En efecto, las preguntas que el hombre de la calle se hacía, eran invariablemente: ¿Qué va a suceder con el plan de estabilización? ¿Cómo reaccionará la moneda? ¿Quién podrá detener el paro? ¿Qué será de nuestro comercio e industria? Preguntas éstas que sin un gran desasosiego, se han ido despejando en la mayoría de casos a lo largo de más de dos años.

Subsiste empero, la constante preocupación por el problema que afecta al futuro de no pocas empresas, que ni son lo suficientemente potentes para entrar de lleno dentro de la gran industria, ni tampoco tan reducidas que deban ser clasificadas dentro del honroso título de artesanas.

El mundo marcha, y cada día que transcurre es como si sufriera una aceleración progresiva.

Se acabaron aquellos tiempos patriarcales que se podía uno forjar una vida a un plazo relativamente largo, finalizó la época en que las cosas se sucedían según los ritmos previstos; hoy en día se da el caso que al tiempo de inaugurar una fábrica o instalación de maquinaria recién salida del taller, nos viene la noticia de que en un remoto lugar acaba de descubrirse un nuevo producto que hará inoperante aquella fábrica o se nos dice que acaba de probarse una nueva máquina que aventaja sensiblemente a la que se acaba de instalar.

Si esto sucede con las cosas que palpamos, ¿qué habrá de pasar con

aquellas otras que siendo inmateriales, afectan a la esencia de nuestra vida?
¿Quién en los tiempos presentes, es capaz de vislumbrar lo que va a suceder dentro unos meses, semanas o tan sólo días, en materia de relaciones internacionales?

En el corto espacio de tiempo que hemos tardado en preparar esta charla, hemos visto el desasosiego del pueblo belga, después de haber contemplado unas bodas reales celebradas con todo esplendor, y también, en el lapso de tiempo del forzado aplazamiento de esta conferencia, se ha producido el tristemente célebre episodio del Santa María. Nadie hubiera dicho que tales sucesos se produjeran...

Y en materia económica, ¿quién va a opinar? Basta releer alguno de los discursos de nuestros Ministros, para darnos cuenta, que ellos mismos han quedado sorprendidos por el giro de ciertos acontecimientos, que así como a Dios gracias, lo han sido en sentido favorable, ¿qué no hubiera ocurrido de producirse contrariamente?

Antes de adentrarnos en nuestro tema, nos parece muy conveniente que digamos algo de Economía, palabra que viene de la conjunción de las voces griegas *oikos* — casa — y *nemein* — regir — pudiéndose definir como la ciencia del hogar y por extensión, del patrimonio y recursos familiares. Weber, en su “Compendio de Economía política” la define así: “Economía es el conjunto de acciones encaminadas a proporcionar a una persona o unión de personas, los medios precisos para satisfacer sus necesidades.”

Albert Crew, nos dice que “Economía es el estudio de la Humanidad en las relaciones de la vida ordinaria” y que según Clay “Es el estudio de las relaciones de negocios en su aspecto social.”

En la Economía Social de Valerio Fallon, leemos “que muchas de las comprobaciones y leyes de esta ciencia (la Economía) valen tanto para la economía familiar y aun individual como para la economía nacional.”

Lo cierto es que la ciencia Económica, tanto si es política como social, abarca un campo de unas proporciones desmesuradas, por ello nosotros modestamente opinamos que la Economía, es algo tan sensible como la aguja de un barómetro o la punta del sismógrafo, que registran la variación del tiempo o los movimientos terrestres. Y esta sensibilidad se debe a que dentro de su campo, la Economía podría encuadrarse como una ciencia del momento, ya que difícilmente en la vida se dan dos casos cuyas circunstancias sean tan análogas, que permitan buscarles la solución por el

procedimiento empleado anteriormente; al contrario, cada momento tiene sus particularidades que deben solucionarse sobre la marcha.

En Economía pasa algo parecido de lo que sucede con la experiencia, cuyos efectos no se pueden sentir si no se han experimentado personalmente; poco vale que hayamos visto lo sucedido a nuestros prójimos, si no somos nosotros los propios protagonistas. Y en lo económico al buscar las soluciones teóricas, siempre tropezamos, como ya hemos indicado, en que las circunstancias que envuelven aquel momento, difieren de las que se produjeron al tiempo de la solución que le dio aquella autoridad consultada. Por esto en cada época y circunstancia, surgen personas que resuelven los problemas que se plantean. Claro ejemplo de ello lo tenemos en las figuras de los doctores Schacht y Erhard, cada uno en su época fueron capaces de levantar la economía alemana del caos en que se debatía.

Antes de acabar este preámbulo, séanos permitido destacar el sentido moral de la ciencia económica, y así Adolf Weber nos lo señala cuando dice: "Toda política incluso la económica, debe acatar la moral en el sentido que le da Kant", y nosotros al redactar unos Ensayos económicos, tenemos escrito: "Economía sin moral no es posible", por ello al ver el fallo enorme del sentido moral de los tiempos modernos que corremos, nos hace estremecer al pensar. ¿Cómo es posible que se enderecen muchos de los procesos económicos si carecen de la base moral necesaria?

LA EMPRESA FAMILIAR

No cabe duda alguna que la primitiva idea, tanto del comercio como de la industria, se debe a la empresa familiar que desde los remotos tiempos, empezando por aquellos primitivos pueblos de pastores agrupados en el seno de la tribu, y pasando por todas las antiguas civilizaciones, hasta llegar a los tiempos de los grandes descubrimientos (como llamábamos en nuestra primera edad de estudiantes a los que se produjeron en los siglos precedentes), en el fondo, todo se debe a la labor de la familia.

Ciertamente el prototipo de la empresa pequeña, hay que ir a buscarlo en la empresa familiar, porque precisamente es ella la que encarna las verdaderas virtudes del trabajo, sin ninguno de los defectos que desgraciadamente en muchos casos comporta la agrupación de trabajo.

Remontémonos muchos años atrás y contemplemos aquellos cuadros empresariales, si así queremos llamarles, y apreciaremos el orden que pre-

sidía en nuestros antiguos gremios artesanos, que tanto enaltecieron a nuestra tierra; en Barcelona mismo, el nombre de tantas calles nos recuerda y recordará a perpetuidad mientras el afán innovador no los cambie, los de Boters, Carders, Corders, Platería y tantos otros que son como el exponente de las industrias que en ellos se ejercían preferentemente. ¿Qué eran aquéllo, sino industrias o profesiones nacidas al calor de un hogar?

Es que la revolución social, si así podemos llamarla, no vino hasta que el descubrimiento del maquinismo, fue convirtiendo todo lo que era trabajo manual en mecánico.

En nuestra Patria, si concretamos más; en el ámbito de nuestra tierra catalana, ésta que tan impregnada está del sentimiento del trabajo y en la que la raigambre de la familia era tan profunda que instituyó el “hereuatge” o mayorazgo como medio de conservar todo el valor de la familia en sucesión directa, no podía desentenderse del progreso y transformación que en el siglo pasado hizo sentir su profunda sacudida, y así contemplamos maravillados aquel aprovechamiento industrial de unas pobres cuencas fluviales, convirtiendo unos pequeños ríos, tales como el Cardener, Llobregat y Ter para citar los más destacados — en que desde sus fuentes hasta su desembocadura eran y aún continúan siendo una sucesión de fábricas o factorías — que por aquel entonces y tal vez influenciados por la época, en muchos casos, se les bautizó con el nombre de “colonias”, nombre tan pomposo y agradable a los oídos de nuestros abuelos, que incluso en los establecimientos de las ciudades se podía leer: “Tienda de ultramarinos y coloniales”... ¡Cómo cambian los tiempos! Ahora al solo nombre de “colonialismo”, se enfurecen los ánimos y se exasperan las pasiones; es aquello que decíamos... la evolución de los tiempos.

Pues bien, aquellas fábricas o talleres, aquellas denominadas “colonias” que muchas de ellas llevan los nombres de los capitanes de empresa que las fundaron, y que con su trabajo forjaron el progreso industrial de nuestra tierra, ahora al correr de los tiempos se hallan casi en la misma situación frente a la evolución industrial actual que se encontraron aquellos pujantes gremios artesanos frente al incipiente maquinismo.

INFLUENCIA DE DOS GRANDES GUERRAS

Es que, señores, como hemos dicho, el mundo marcha, ¡y a qué velocidad! En el corto espacio de medio siglo, hemos visto dos grandes convul-

siones que han asolado a la humanidad, cada una con sus enormes consecuencias, tanto en orden al progreso como a la convivencia social; de la primera, denominada “guerra europea”, nació la revolución rusa y el progreso industrial experimentó una fuerte sacudida, que todavía no sabemos dónde nos conducirá.

De la segunda y más terrible conflagración mundial, podemos contemplar esta gran división que existe entre el mundo oriental y el occidental, y estamos asistiendo a la era espacial.

Casi no sabemos cómo describir el gran progreso que en nuestra vida hemos podido contemplar, ya que tanto en la conquista del espacio, como en el orden mecánico y el que nos depara la ciencia electrónica, todo ha contribuido a que el mundo de nuestros días presente unas características tan acusadas y distintas de las que rigieron cuando los economistas de ayer nos legaron sus enseñanzas, que, como dijimos al comienzo, la fórmula mágica para encauzar al mundo económico de hoy no podemos buscarla en aquellos postulados, y nuestros hombres de ciencia y estudio, se afanan para encontrar la solución que conduzca al bienestar de los pueblos.

No nos atrevemos a afirmarlo, pero tal cual se desarrolla el mundo de hoy, la época del capitalismo en su pura acepción, está en franco declive para dar paso a una fórmula socializante, más o menos encubierta, mejor o peor dirigida; y es ahora cuando debemos alzar la voz para que toda la riqueza que acumularon nuestros mayores no se pierda por no haber sabido situar las cosas oportunamente.

¿Qué podría decirse, si en esta era de aviones supersónicos y calculadoras electrónicas, nos empeñáramos en seguir con la diligencia, la fragua del herrero, la rueda de la hiladora o la pluma de ave del escribiente?

Realmente, nos ha tocado en suerte vivir una época de preocupación y de grandes incógnitas, así como de profundos temores; pero ¿hemos de desesperar? Como buenos creyentes, no podemos aceptar ni fatalismos ni formas desesperadas.

Leíamos hace algún tiempo un artículo de prensa en el que el articulista decía “que no debíamos tener el ánimo más encogido ahora con los célebres cohetes dirigidos, capaces de destruir ciudades a cientos y miles de kilómetros de distancia, que lo tuvieron nuestros antepasados, cuando de la lanza y la espada, pasaron al fuego de la muerte, que en forma de bolas incandescentes salían del antro — de unos artefactos para caer sobre las ciudades sembrando la desolación”; y es que la Providencia vela por

la humanidad, y al tiempo que sale un arma destructora, el ingenio humano se afana en neutralizarla mediante otros sistemas de defensa.

Si aplicamos esta explicación que, por lo ajustada, hemos traído aquí, al campo de la economía, tampoco hemos de rasgarnos las vestiduras ante el panorama socializante que prevemos, porque un acontecimiento imprevisto puede hacer cambiar la faz del mundo; mas no por ello hemos de ser tan confiados que, viniéndonos la casa encima, no corramos a apuntalarla o no nos lancemos en busca de un seguro refugio.

PROCESO DE TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA

Si es cierto que nosotros estamos asistiendo a un proceso histórico de transformación económica, no podemos aferrarnos a sistemas que, buenos en su tiempo, puedan resultar ahora perjudiciales para no decir funestos.

Hemos de reconocer, en líneas generales, que nuestro proceso industrial, en su gran mayoría, pero particularmente en nuestra tierra catalana, se ha desarrollado dentro de la empresa del tipo que podríamos denominar familiar o, usando uno de tantos vocablos que los tiempos ponen en boga, dentro del terreno de la micro-empresa.

No hemos de caer en repeticiones; pero dadas las condiciones en que se ha desarrollado nuestra vida económica, debemos hacer constar que ha sido precisamente la enorme vitalidad de tantas empresas pequeñas lo que, en momentos difíciles para la economía patria, ha podido mantener un verdadero ritmo de producción que de otra forma hubiera sido imposible.

Al analizar las condiciones económicas de los pueblos, precisa estudiar conjuntamente otros factores que contribuyen a su desarrollo. Entre ellos, podemos citar los geográficos, el temperamental, el tradicional, etc. y así, ciñéndonos a nuestra tierra, vemos que en el orden geográfico nuestro sistema montañoso, que tanto dificulta el cultivo, se vence mediante el ingenio... ¿Quién no ha visto aquellas fallas (como las llaman) de tierra que, jalonadamente, vencen a los montes? ¿Quién no conoce el esfuerzo que representa, en muchas comarcas, el arrancar unos productos de una tierra cansada y pedregosa?

En lo que concierne al temperamento, alguien ha definido al pueblo catalán, como un pueblo dado al trabajo, y es sabido aquello de que "el catalán de las piedras saca pan". Siempre el refranero popular encierra cierto fondo de verdad; con lo dicho antes, se comprenderá su fundamento.

Pero esta virtud del trabajo, puede en algunos casos llegar a ser casi contraproducente — y que nadie se escandalice por lo que vamos a decir.

Bueno es el amor al trabajo y nuestros padres y abuelos nos enseñaron la prosperidad en él, laborando esforzadamente de sol a sol, pero es que dentro de este ambiente de esfuerzo humano, se consumían unas fuentes de dirección que no eran utilizadas, porque el esfuerzo físico lo absorbía todo. Nos explicaremos.

En aquellos tiempos de la diligencia y, aun del ferrocarril, las cosas se sucedían a una velocidad que hoy consideramos “al relenti”, o sea que ni el proceso industrial ni el comercial requerían una visión tan rápida que no permitiera a aquellos empresarios a que antes hemos aludido (y que, dicho sea de paso, merecen todo nuestro respeto y habrán de merecerlo de nuestros hijos), a que dentro el campo del trabajo, y practicándolo personalmente, pudieran dirigir sus industrias y negocios.

Hoy, empero, las cosas han cambiado ostensiblemente. La velocidad lo absorbe todo y llegará un día, tal vez no muy lejano, en que nos traslademos de un continente a otro en menos tiempo que ahora empleamos en cubrir una corta distancia en tren.

Es por ello que hoy el empresario ha de pensar tanto en el trabajo como en la forma de dirigir sus negocios o industrias. Da verdadera pena observar la existencia de un gran número de personas con gran capacidad, directora, pero que, absortas por su trabajo, no aprovechan este don de Dios. Es a tales personas, en general, a las que van dirigidas nuestras palabras. En el momento económico actual, tiene más valor la dirección que una realización manual, y no olviden los dirigentes que Dios habrá de pedirles cuenta de cómo han llevado sus negocios o industrias, de las cuales depende la vida de muchos hogares.

En este punto queremos señalar algo muy peculiar a toda empresa familiar: y es el hecho de la sucesión. Hemos hablado antes de la institución del “hereu”. Es natural que a medida que los hijos van creciendo, las industrias o comercios se hagan pequeños para que de ellos puedan vivir muchas familias. Ello da pie en muchísimos casos, a disgregaciones que no hacen más que minimizar más aquellas industrias que nunca podrán ser potentes. Queda, ciertamente, la fundación ancestral, y ésta se rige por la sucesión directa, cosa lógica y hasta cierto punto muy natural, pero ¿es que por el solo hecho de ser el primogénito ha de ser el más capacitado?... Hemos dicho antes algo del refranero, y aquí hemos de

repetir uno muy conocido y que nuestro estimado Presidente, el Excmo. señor Piqué Batlle, nos recordó en su magnífica disertación sobre "La Economía del futuro" con motivo del acto inaugural del ciclo de conferencias de la Asociación Católica de Técnicos Mercantiles el 26 de noviembre último en el gran salón de actos de la Cámara de Comercio de esta ciudad, que es como si dijéramos la síntesis de lo que acabamos de señalar: "El abuelo lo fundó, el padre lo conservó y el hijo lo dilapidó".

Ciertamente, en algunos casos, sin menos tradicionalismo, tal vez un segundón o quizá personas totalmente ajenas a la familia, pero vinculadas al negocio, hubieran evitado tales hechos.

Para afianzar lo que acabamos de decir, nos permitimos transcribir un fragmento de la crónica que, desde Bonn, y debida a la autorizada pluma de Augusto Assia, publicó "La Vanguardia" el pasado día 7 del corriente y dice: "... según parece, el puesto de Fritz Koenecke como director general de "Mercedes" (la potente industria automovilística alemana) y uno de los puestos clave de la industria alemana, va a ser ocupado por un antiguo obrero austríaco que aún hoy gusta llevar el "mono" del metalúrgico, que él mismo ha sido, y que fue su padre."

EL POTENCIAL ECONÓMICO CATALÁN Y SU FUTURO

Mucho me temo cansar vuestra benévola atención con esta exposición de hechos tan conocida de todos, pero precisamente por ser conocidos, es por lo que hemos de intentar ponerle remedio, si no queremos que la reputación industrial y comercial de que gozamos los catalanes dentro del seno de la madre Patria y aun allende de las fronteras, se esfume. ¿Qué dirían nuestros hijos, si nosotros abandonáramos nuestras posiciones?

No es que con ello queramos detentar la hegemonía industrial y comercial de España; muy al contrario. Comprendemos el esfuerzo que hacen nuestros gobernantes que, bajo el caudillaje de nuestro Jefe de Estado, tratan de llevar el progreso industrial a otras regiones para elevar unos niveles de vida muy bajos.

Como españoles, nos sentimos orgullosos de estos avances; pero es que nuestro pensamiento se dirige hacia las grandes corrientes europeístas. De momento, tenemos a nuestras puertas el Mercado Común, conocido por el grupo de los seis que, como saben, abarca Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Alemania Occidental e Italia; y, por otro lado, está el deno-

minado grupo de los siete, capitaneado por Gran Bretaña, con la pretensión de introducir la zona del libre comercio. No sabemos si será tarde o temprano en que nosotros nos veamos arrastrados a una de estas dos órbitas, o si llegará a realizarse, o no, una fusión entre ellas; el caso es que España, que forma parte de Europa, difícilmente podrá permanecer indefinidamente al margen.

Es pensando en los tiempos próximos o futuros que quisiéramos alzar nuestra modesta e insignificante voz para que, haciendo eco en este salón de una institución que lleva el honroso título de Fomento del Trabajo Nacional, retumbara en su exterior y fuera oída de cuantos sin estar presentes tienen la responsabilidad de los destinos industriales y comerciales de nuestro pueblo.

No intentamos hacer un estudio de nuestro carácter, pero a los catalanes se nos tilda de excesivamente individualistas. No queremos ni negarlo ni afirmarlo: cada cual que juzgue por lo que conozca, pero lo que sí es cierto es que nos falta bastante el espíritu de equipo. Nuestro mundo industrial y comercial se mueve excesivamente dentro de un coto cerrado, mientras que en otras regiones el espíritu empresarial está más arraigado. Un ejemplo de lo que estamos diciendo podemos verlo en la zona bancaria: mientras la banca netamente catalana no ha podido abrirse un franco camino nacional, la de otras regiones, sin contar la central con sede en Madrid, tiene posiciones de fuerte raigambre en todo el país. ¿A qué se debe, si una de las regiones que más dinero mueve es Cataluña?

Para reforzar nuestra argumentación, vamos a citar un resumen de uno de los "Puntos de vista" publicados por el "Diario de Barcelona" en 25 de septiembre del año último: Se refiere a la estadística de Sociedades anónimas. Barcelona continúa en primer lugar en cuanto a número, con 4.684 en el año 1959, siguiéndole Madrid, con 3.863. En capital total, Madrid ocupa el primer lugar. Hay que tener en cuenta — dice — que muchas empresas de ámbito nacional, estatales, semiestatales y privadas, así como grandes bancos, oficiales y privados, tienen su domicilio en Madrid; por ello, principalmente, de los 183.000 millones que totalizan las sociedades anónimas españolas, corresponden 101.000 millones a Madrid. Las sociedades barceloneses representan el 38'60 % en cuanto a número total, pero sólo el 17'50 % en lo que respecta a capital. El promedio por sociedad ha pasado (siempre referido a 1959) a 6.890.000 pesetas, pero el de Madrid es de 26.000.000 y el de Vizcaya de 23.000.000. Por las razones

expuestas anteriormente, se explica perfectamente el alto nivel de Madrid, pero que Vizcaya con sólo 786 sociedad represente un capital de 18.500 millones — dice el articulista — nos duele, y termina: Es un ejemplo — grandes empresas industriales y navieras y dos grandes bancos — que Barcelona debería seguir.”

CONSIDERACIONES DE ORDEN GENERAL

Hemos vivido tal vez pensando demasiado en nuestras virtudes, sin considerar nuestros defectos; es hora de que, al igual que nuestros gobernantes, con una clara visión del momento, han arrumbado unos postulados autárquicos que no se adaptaban al concierto económico mundial, pensemos en que se avecinan tiempos duros de lucha competitiva, cara al exterior, y, también, frente al interior, ya que si nuestra industria y nuestro comercio no están a la altura internacional requerida, España se verá desbordada de productos forasteros en mejores condiciones.

Por los discursos de los ministros, tanto del de Comercio como del de Hacienda, hemos podido apreciar la inquietud y afán que sienten para que la incorporación de España en los organismos económicos internacionales, no se efectúe lesionando los intereses de los españoles. A ello obedecen una serie de disposiciones que tienden a facilitar la “mise au point” de nuestra industria, y así vemos cómo ya en el Art. 135 de la Ley de reforma tributaria de 26 diciembre 1957 se previno la concentración de industrias, y cuyo articulado ha sido debidamente interpretado por las órdenes de 29 de julio de 1958 y 12 de abril de 1960.

Tenemos, además, las disposiciones que se refieren a la participación de capitales extranjeros en España, reguladas por Decretos de 27 julio, 30 septiembre y 24 de diciembre de 1959 y 10 de febrero de 1960, así como las disposiciones aparecidas sobre facilidades crediticias, tales como el Decreto de 10 de agosto de 1960 y la Orden de 24 de septiembre del propio año, todas ellas encaminadas a la reactivación de nuestra economía.

Con tales disposiciones, los poderes públicos pretenden poner en mano de los interesados aquellos instrumentos que les ayuden; ahora es preciso, de una parte, que no se interfieran interpretaciones particulares o dilaciones burocráticas, y, de otra, que la parte empresarial sepa valorarlas en lo que valen y adaptarlas convenientemente a su propia estructura de empresa.

Comprendemos y conocemos una serie de dificultades que se presentan.

No en vano han pasado dos décadas en que todo se ha desarrollado en una forma "sui generis" como fruto del momento en que se vivía, unas veces por falta de materias primas, otras por escasez de mano de obra y no pocos por exceso de pedidos.

No obstante, no bastan las disposiciones y directrices gubernamentales; es preciso que se cree el clima propicio para poder llevar a cabo aquello que tienda a aunar unos esfuerzos diseminados que, si se agruparan, podrían constituir una fuerza económica muy pujante.

Vamos a citar unos ejemplos de la disgregación industrial. En primer lugar, fijémonos en nuestra región textil, y, por ejemplo, dentro del ramo lanero o de géneros de punto, cuéntense la cantidad de empresas que entran dentro de las llamadas micro-industrias, y, con asombro, veremos que una gran mayoría de ellas producen unos artículos tan similares que pueden llegar a confundirse. Es cierto que en épocas pasadas, cuando el negocio daba para todos, no existía el problema; pero ahora, que ya la normalidad va haciendo viable la eterna ley de la oferta y la demanda, la cosa está cambiando por momentos, no es difícil observar que sobre unas producciones débiles pesan unos gastos muy fuertes.

No es posible aguantar toda la organización que hoy es necesaria para hacer frente a la competencia; el margen no da ni para una buena dirección industrial ni para una administración adecuada. Y no hablemos de la parte comercial, que difícilmente pueden gastarse el dinero con una prospección a fondo del mercado.

En otro renglón bien diferente, vamos a citar el caso de las "motos". Hubo un tiempo en que la obtención de una moto era bastante difícil; las pocas industrias que a su construcción se dedicaban, se vieron desbordadas de pedidos, y de allí surgieron un sinúmero de marcas — cuya bondad no vamos a discutir — pero ha llegado un momento en que, o bien sobran fábricas, o, evidentemente faltan compradores.

Estos ejemplos, los estamos considerando cara al mercado nacional; pero si hablamos del concierto mundial, ¿será posible mantener una industria tan diseminada, frente a la industria compacta de otras naciones?

¿Quiere ello decir que se debe ir forzosamente a la concentración de las industrias similares? No pretendemos afirmarlo en absoluto, pero sí creemos sinceramente que la pequeña industria, aquella que no tiene un fin específico, poco a poco irá desapareciendo absorbida por las más potentes.

Estamos convencidos que, cual van desarrollándose los acontecimientos, nos acercamos a unos tiempos en que se deslindarán los campos de la industria propiamente dicha, formando grandes organizaciones, de un lado, y de otro, subsistiendo aquéllas cuya finalidad artesana no podrá nunca ser desbancada por la fabricación en serie.

La razón de tal división, hay que ir a buscarla en la automatización cada día mayor, cuyos costes de instalación están por encima de las posibilidades de las pequeñas industrias, y también en que los gastos — cada día “in crescendo” — sólo pueden mantenerse con producciones en masa, circunstancias que sólo son dables cuando las empresas han sobrepasado el límite de la micro-industria.

El artículo de Augusto Assia del día 7 de este mes, a que ya antes nos hemos referido, nos sirve de confirmación a lo que teníamos escrito para esta conferencia que debió de haberse dado el pasado día 26. Veamos uno de sus párrafos que dice: “La del doctor Carl Borgward es una historia especialmente dramática. Representa la adversidad en medio de la prosperidad, el hundimiento mientras se eleva el rival, y constituye otro capítulo de la continua historia de la libre competencia en la que las inexorables leyes del mercado se muestran implacables con la ineficacia o la complacencia. Un gran técnico y un hombre con un amor apasionado hacia las tradiciones de la empresa, que había fundado ya su padre, no supo renovar a tiempo su maquinaria y prefirió el anquilosamiento a la introducción de capital ajeno.

Sin suficiente capital y sin máquinas modernas, sus coches no han podido resistir la concurrencia con “Volkswagen”, “Opel” o “Mercedes”. Las características del mercado alemán cambiaron más rápidamente que Carl Borgward el que se ha visto obligado a retirarse para dejar libre el camino a las leyes de la competencia.”

NUEVAS ORIENTACIONES

Hemos dado a conocer a grandes rasgos el problema que se presenta en nuestra tierra donde, por regla general, la industria, incluso alguna que nos parece grande, entra de lleno dentro del marco de la que estamos estudiando, esto es: la micro-industria; precisa que analicemos ahora la evolución a que debe tender para situarse en la justa medida de los tiempos que corremos.

Seguramente que alguien pensará. ¿Y cómo vamos a cambiar ahora, lo que de tanto tiempo viene funcionando, siguiendo unas reglas que a fuerza de aplicarlas, considerábamos inamovibles?

Mucho se está hablando actualmente de que precisa dejar el campo abierto a la juventud para que rompiendo moldes antiguos, aplique los procedimientos del momento.

De acuerdo con el concepto, pero ya no tanto en cuanto a la interpretación que pueda darse a la juventud. Si se interpretara única y exclusivamente la juventud física, diríamos que se puede sufrir una verdadera desilusión; juventud, sí, pero de concepto, y, claro está, que si juntamente va acompañada ésta del vigor físico, tanto mejor.

Hace pocas semanas que un gran estadista, Conrad Adenauer, ha cumplido los 85 años, y todos nos admiramos de la fuerza y tenacidad que este viejo-joven, ha demostrado en el gobierno y elevación de un pueblo que, sumido al borde de la desesperación después de haber conocido una humillante derrota, se ha situado en el primer plano de la vida económica mundial.

Otro ejemplo de vigor juvenil, lo tenemos en nuestro Santo Padre Juan XXIII que a su avanzada edad nos muestra todo el ímpetu que puede tener un joven al emprender con tanto empuje la organización de un magno Concilio Ecuménico.

Por otro lado, también vemos cómo un gran pueblo confía la dirección de su país al joven Kennedy quien, a sus 43 años, se ha visto investido de una de las mayores responsabilidades históricas.

Hemos de considerar, por tanto, que la idea de juventud reza no sólo en cuanto a la edad, sino, al pensamiento, y desterremos de una vez para siempre aquella manida frase que encierra un rutinarismo fuera de época: "siempre se había hecho así". Su solo enunciado inhabilita a la persona que la pronuncia para que pueda ser tenida en cuenta en la nueva evolución económico-social.

Es preciso, señores, que nos acordemos del pasado, pero tan sólo para lo que pueda servirnos de ejemplo, porque debemos fijar nuestra mirada hacia el futuro.

Y antes de cerrar este capítulo, séanos permitido citar una frase que extraemos del prólogo de la séptima edición del "Compendio de Economía política" del profesor Weber, que reproduce lo que L. J. Zimmermann dice con respecto a la Economía: "Nada es más útil a la Ciencia que el

convencimiento de sus representantes de que de ellos se espera la solución de los problemas del presente. En concreto, nada es capaz de elevar más el entusiasmo de los economistas jóvenes que la conciencia de estar llamados a representar un papel importante en esta cuestión.”

LOS VERDADEROS PROBLEMAS PLANTEADOS

Cuando anteriormente al hablar de la empresa familiar, hemos citado a los gremios artesanos de antaño, se ha visto el paralelismo que podíamos establecer entre aquellas incipientes industrias que fueron absorbidas por la fuerza del maquinismo y la suerte que puede tocarle a la industria crecida en la última mitad del siglo pasado y la primera mitad del presente, al venir la evolución electrónica, la época de los sintéticos y la era que tal vez llegue a denominarse “sideral”, por el número cada día más creciente de satélites que surcan el espacio.

Mucho les debió costar a aquellos venerables patriarcas ver cómo sus hijos desertaban del campo manual para enrolarse en el de la mecánica; también habrá de costar hacernos con la idea de que mal puede competir una industria que cuenta con un número reducido de máquinas y, aun en muchos casos, anticuadas, frente a otra u otras que las tengan por docenas o centenas...

Y a propósito de esto que estamos diciendo, consideramos conveniente citar, a guisa de ejemplo, lo que todos ustedes pueden leer, si se toman la molestia de hojear los BB. OO. del Estado números 306 y 307 de los días 22 y 23 de diciembre último (págs. 17.573 y 17.651) en la parte correspondiente a las autorizaciones de ampliación de industrias.

En el primero de dichos Boletines se lee: “Delegación de Industria de ... (y aquí el nombre de una provincia, que hace poquísimos años nadie la hubiera identificado como “textil”).

Peticionario: La empresa ... (omitimos el nombre para que nadie pueda darle interpretaciones erróneas).

Emplazamiento: ...

Capital a invertir: 900.000.000 de pesetas en su totalidad nacional.

Objeto: Ampliar su industria textil algodonera.

Producción horaria: Se incrementará en 5.325'50 metros de tejidos de anchos diversos.

Maquinaria: Nacional y de importación; ésta por un total de 525.466.700 pesetas. Entre la maquinaria a importar, figuran: 10 abridoras mezcladoras, 3 mezcladoras automáticas, 7 batanes dobles, 190 cardas, 6 peñadoras, 12 manuales, 21 mecheras, 168 continuas de hilar, 7 chamuscadoras, 4 urdidoras, 3 encoladoras, 11 canilleras, 1.408 telares, 4 máquinas de anudar, 10 lavadoras, 6 impregnadoras, 3 autoclaves, 1 máquina de blanquear al ancho, 1 mercerizadora de hilo, 8 "Jigger" automáticos, 1 "Lyonesa" automática para estampación con secadero y polimerizador, 2 aparatos de tintura en bobina cruzada, 2 secaderos, 4 calandras y 4 medidores.

Materias primas: Nacionales.

Frente a esto que acabamos de citar, en el siguiente Boletín, número 307, podemos leer:

Provincia de: ... (aquí el nombre una de las cuatro catalanas.)

Peticionario: ... (una empresa bien conocida.)

Objeto de la petición: Modernizar, racionalizar y ampliar industria de fabricación de hilados y tejidos de algodón, con sustitución de 12 telares anticuados por 15 modernos e instalación de 3.000 husos de hilar, más incorporación y reforma de elementos.

Capital de ampliación: 18.000.000 de pesetas.

Producción prevista: Aumentará la producción con 10 continuas con 3.800 husos en total.

<i>Maquinaria</i>	{	3 manuales alta velocidad y 4 cabezas de salida	966.000
		1 peñadora	703.800
		5 telares de 150 cms., con cajones . .	1.367.500
		10 telares de 120 cms., con cajones . .	2.628.000
		o sea un total de	5.665.300

todo de procedencia extranjera; el resto, nacional.

A continuación, y de la misma provincia que la anterior:

Peticionario: (Otra sociedad bien conocida.)

Emplazamiento: ...

Objeto de su petición: Ampliar industria de hilados y tejidos de algodón.

Capital de ampliación: 72.771.640 pesetas.

Producción prevista: 425.000 kgs. anuales de hilado por turno.

<i>Maquinaria</i>	{	1 tren abridor de balas	1.000.000
		1 batán	2.000.000
		2 reunidoras cintas	600.000
		2 manuales de napas	600.000
		12 peinadoras	4.800.000
		6 manuales	6.100.000
		Total de maquinaria extranjera	15.100.000

El resto, nacional.

Y finalmente, en el mismo Boletín que estamos citando, y de otra de las provincias catalanas, figura la siguiente petición:

Peticionario: (El nombre de otra empresa muy conocida.)

Emplazamiento: ...

Capital de la industria: 7.000.000 de pesetas.

Capital de ampliación: 8.575.000 pesetas.

Objeto de ampliación: Instalar en su industria de tejidos de algodón y rayón, 20 telares automáticos y maquinaria auxiliar para los mismos, todo de producción nacional.

Queremos hacer solamente una pequeña comparación: Hemos visto en el anuncio del primer B. O. E. que hemos citado, que la petición para una sola firma importaba 900.000.000 de pesetas, de las cuales 525.466.700 pesetas se referían a maquinaria de importación, mientras que en la referencia del B. O. siguiente, tres importantes empresas de nuestra tierra, han solicitado ampliar por 99.346.640 pesetas en conjunto, siendo el valor de la maquinaria extranjera de 20.765.300 pesetas, lo que representa algo más del 11 % de la anterior, en cuanto a valor total.

No queremos hacer ningún comentario y cada cual haga sus conjeturas, ya que nuestro enunciado se hace solamente para reafirmar nuestra tesis de que las industrias que no cuenten con profusión de elementos, a la larga se verán avasalladas por aquellas que los tengan en abundancia.

Ahora bien: esto que sucede en desproporción de la maquinaria, sucederá en las producciones, en el volumen de compras, etc., etc. y, consecuentemente, los costes han de ser forzosamente mucho más reducidos.

Se han repetido machaconamente el viejo refrán que afirma: "reno-

varse o morir". No podemos, pues, aferrarnos a lo tradicional; es necesario que cada industria, de las que entran dentro de la denominación de la micro-industria, que haga un desapasionado estudio económico de su empresa y vea:

- a) Si tiene suficiente capital para mantenerla;
- b) Si su producción se coloca con facilidad; y
- c) Si sus precios, una vez cubierto el coste de la materia, mano de obra, gastos y rendimiento normal, son concurrentes en el mercado.

Si alguno de estos tres puntos falla, es que algo no funciona; si no dispone de suficiente capital para ponerse a la altura del momento, mediante la modernización de su industria, si su producción no se coloca, si su precio de venta no cubre aquellos mínimos enunciados y no tiene manera de reducirlo con mayores producciones, bien por falta de maquinaria o por otras causas, seguramente forzará la venta, y es posible que le suceda lo de aquél que en todo perdía, pero como que vendía mucho... se arruinó.

PUNTOS EQUIDISTANTES: PRODUCTIVIDAD-CONSUMO

Los que empezamos a tener algunos años y miramos retrospectivamente, apreciamos que la vida está llena de tópicos y que, según la época o las circunstancias, siempre existe algo estridente para ocupar nuestra atención. En otras palabras: diríamos que se trata o que está de "moda".

El campo económico tampoco puede escapar a esta influencia ambiental, y así ahora todo aquel que quiera decirse enterado, ha de hablar de la "productividad", de "racionalización del trabajo", de "relaciones humanas" y de tantas otras cosas, todas ellas perfectamente conocidas desde hace mucho tiempo, pero que ahora ocupan de nuevo el plano de la actualidad.

Cuando de niños, frecuentábamos la industria. Entonces la palabra "productividad" no se usaba. Recordamos haber oído a nuestros mayores lo que ellos llamaban la dignidad del trabajador, que no permitía que nadie laborara mejor y que, por cumplir con su trabajo, dejaban incluso su salud en él. ¿Cómo podía hablarse de productividad a un trabajador — hombre o mujer — que daban todo cuanto podía? En lo que se refiere a la "racionalización del trabajo", les invito a que consulten el libro de "Economía Social", de Valerio Fallón, con el cual estudiamos (y de

ello hace muchos años). Suyas son estas palabras: “La racionalización” esta palabra en boga desde hace diez años: traduce una preocupación muy antigua, pero que ha adquirido una nueva intensidad por consecuencia de las circunstancias de la guerra y de la postguerra (se refiere a la guerra del 14)”, y, a continuación, nos da la siguiente definición: “La racionalización, en general, es la investigación de métodos más rigurosos que tienden a obtener rendimientos más considerables mediante gastos relativamente menores”; y más adelante añade: “pero el término racionalización se ha empleado sobre todo para designar una aplicación especial, consistente en fusionar empresas preexistentes o en establecer entre ellas inteligencias, con el fin de reducir los gastos de explotación, de proporcionar y repartir los encargos y de facilitar el empleo de procedimientos perfeccionados o que suponen grandes capitales y grandes empresas”. Y termina: “No debe confundirse la racionalización con la concentración”.

Y si queremos citar algo de “relaciones humanas” a la juventud que ahora sube, le brindamos avizore retrospectivamente cómo antaño, en cada núcleo industrial en nuestra propia tierra, el patrono tenía su residencia, donde hacía él y su familia vida común con sus trabajadores y atendiéndoles en cuanto era dable, a sus necesidades... Ya sé que se dirá que eran otros tiempos, pero desgraciadamente se destruyó aquel ambiente patriarcal o de familia y aquello que se había afianzado por amor, ahora se quiere reavivar por procedimientos científicos, pero faltos del calor que tan sólo el corazón puede proporcionar.

Hemos traído estas citas y consideraciones, para hacerles ver a las personas responsables que en el ambiente industrial bueno es que se busque la productividad y que se mire de racionalizar el trabajo, pero si falla el fundamento humano, todo se irá abajo... y no se olvide que lo humano tan sólo se consigue con el ejemplo... de los de arriba.

Y centrando de nuevo el tema del cual nos hemos apartado un poco tal vez alguien opine que hubiera sido mejor decir: Productividad-Consumo, puntos concordantes. Posiblemente tenga razón, pero intentaremos explicar el por qué de nuestro enunciado.

Un buen amigo nuestro, miembro correspondiente de nuestra Real Academia, Monsieur Henri de Lovinfosse, en sus publicaciones, folletos y conferencias e, incluso, en sus conversaciones particulares, siempre anda preocupado por lo que él denomina el interés del consumidor, y argumenta: “¿De qué servirá que agudicemos nuestro ingenio en producir cada

día más, si luego nuestras mercancías han de quedar en “stock” en espera de ser vendidas?” Ciertamente hay una gran verdad en esta afirmación y, abundando en ella, modestamente creemos que si partiendo de una producción normal que se coloca, este es el punto medio, y a medida que por la productividad la producción se aparte más y más de la producción normal, si paralelamente no empujamos el consumo, se producirá aquella situación de desequilibrio que rompe la estabilidad del mercado. Y así podemos sentar esta tesis: A mayor productividad, precisa lograr un mayor consumo; ésta es, para nosotros, la equidistancia que consideramos debe existir de aquel punto medio o normal en que se halla toda producción.

Ahora bien; si por las causas que fueren, el consumo no es de fácil aumento, cierto es que puede existir la productividad, pero en este caso debe ser orientada no a mayor producción, sino a mejorarla cuanto se pueda.

Ciertamente que la primordial medida para incrementar el consumo es poder elevar el nivel de la población y en nuestra España hemos de confesar que sobre una población no excesiva, la parte que puede consumir es bastante menos de la mitad, ya que si descontamos la parte asentada dentro lo que podríamos llamar la periferia industrial, en la capital y alguno que otro centro aislado, la masa de población ha de vivir de un campo pobre. Esto nos lo dijo hace poco nuestro Jefe de Estado en el mensaje de fin de año (1960) del que entresacamos el siguiente párrafo: “Si pensamos sólo en que el 56 % de nuestra población carga sobre la vida de un campo pobre, cuando en la mayoría de las naciones la población rural se mueve entre el 18 y el 25 %, se comprenderá la importancia que tiene la estabilización y la creación de nuevos puestos permanentes de trabajo si queremos aligerar a nuestro campo y ponerle en condiciones similares al del extranjero.”

Señores, hemos de pensar cuerdamente: no nos dejemos ilusionar en demasía por los cantos de sirena que puedan venirnos de allende las fronteras. Posiblemente nuestra Economía presente unas características muy especiales; con gran frecuencia hablamos todos de hechos producidos en otros países, pero nos olvidamos que las circunstancias que nos rodean son esencialmente distintas de las de aquéllos; por tal motivo, hemos de pensar que nuestros gobernantes no habrán de precipitar un solo minuto el tiempo en que nuestra economía corra al unísono de la de otros países. Por tanto, apliquémonos cuanto podamos en perfeccionar nuestras pequeñas

industrias, estudiemos la posibilidad de su racionalización, busquemos la especialización más que el gran mercado (que por ahora no existe en nuestro país), y estemos también preparados para que el día en que el mercado internacional se nos presente abiertamente, no deban sucumbir nuestras industrias por la inundación de mercancías extranjeras en mejores condiciones que las nuestras, y den al traste con todos los sudores de nuestros mayores; ésta es la respuesta que yo podría dar al interrogante que cierra el guión de nuestra conferencia, si no temiera defraudar un poco el interés de muchos de los que con tan inmerecida atención me están escuchando.

¿CÓMO PUEDE CONSOLIDARSE LA MICRO-EMPRESA?

Comprendemos perfectamente que más de uno habrá pensado. ¿Podré, con esta conferencia, hallar solución a mi problema? y con esta especie de confianza se han molestado en venir, creyendo poderse llevar en su bolsillo aquella tan esperada solución.

A tales personas, si las hay, y a todas en general, podemos decirles que precisamente hemos puesto la cuestión entre interrogantes, por cuanto la solución específica de cada caso resulta prácticamente imposible. Aquí acabamos de ver (o, mejor dicho, de exponer), unas pinceladas de la panorámica general que presenta el problema, para que cada cual las asimile y pueda sacar las consecuencias que considere más oportunas.

No ha sido posible llegar al fondo de muchos de los problemas que gravitan sobre no pocas empresas o industrias, encuadradas dentro de los términos en que hemos enmarcado nuestra conferencia; ello hubiera sido en detrimento de su conjunto y hubiéramos debido dedicarle una atención específica, lo que no era nuestro intento.

Ahora bien; personalmente, somos de los que gustan presentar los problemas, y a ser posible, darles la solución, cuando menos en lo que sea dable. Y esto es lo que vamos a intentar.

En primer lugar, hemos de decir que, por árduo que sea el problema que tenga cualquier empresa y por difícil que pueda parecer su solución, siempre podrá conseguirla, a menos de que su organismo empresarial esté tan minado, que no permita la terapéutica adecuada.

Se necesitará valentía, tal vez, para dar con la fórmula. Será menester emplear esfuerzo y constancia, pero que nadie dude que si las personas que están al frente o tienen la responsabilidad de estas micro-empresas o micro-

industrias — las más características de nuestra tierra — con visión clara saben prescindir de prejuicios, si dejan de un lado el amor propio, si consideran que sus negocios o industrias tienen mejor porvenir procediendo a un agrupamiento, fusión o inteligencia con las similares que se encuentran en iguales condiciones, es casi seguro que darán en el clavo; también les queda el recurso de saber desprenderse en forma inteligente de aquello que entra dentro de la vulgaridad, de apartarse de los manufacturados que están en manos de la potente industria o bien, si se esfuerzan en perfeccionar sus productos, de forma que incluso puedan ser apetecidos por la gran industria como complementarios o, tal vez, mejor ejecutados, en ambas circunstancias, podemos asegurar que su supervivencia está asegurada.

Lo importante para la micro-industria es saberse crear una personalidad dentro de su campo, ya que si bien es verdad, como ya hemos dicho, que en el ámbito de la gran producción se verá desplazada, podrá afianzarse en la especialización, en el gusto, la precisión, en la puntualidad de entregas, en la seriedad de su trato y en tantas y tantas cosas, en las cuales la micro-industria puede escudarse para defenderse del arrollador empuje de la grande y potente industria.

Esta es, a grandes rasgos, nuestra contestación, añadiendo que en la vida, a más de los valores materiales, existen los morales, que son los que han de ayudarnos en todo momento. Por ello, al terminar hemos de decir a la micro-empresa, que no debe darse por vencida, sino que ha de intentar situarse por todos los medios y no quedarse paralizada por el temor de lo que pueda venir, que... de problemas, a la grande y potente industria, tampoco le faltan.